

# Pequeñas iluminaciones sobre la ciudad: el parque Los Coyotes



*Y, sí, hay armonía, porque el ambiente se presta aquí.*

USUARIO DE LOS COYOTES

**E**sta etnografía explora un cierto tipo de nodos urbanos desde donde dialogan los urbícolas con su ciudad. Este diálogo involucra conocimientos, emociones, proyecciones imaginales y representaciones. En ella intentamos, brevemente, descubrir las implicaciones *emosignificativas* entre cuerpo, espacio público y urbanidad.

Las dos sensaciones —que se vive, como sentimiento casi ontológico— que caracterizan a la residencia en la ciudad de los urbícolas, son las de miedo y placer. Ambas se colocan en dos polos que son habitados de manera diferencial; no obstante, y paradójicamente, muchos pueden poseer ambos, intermitentemente, o ser poseídos por alguno con mayor frecuencia, siendo, según la prensa y ciertos imaginarios, la inseguridad y el miedo los sentimientos mayoritarios e intensos. Sin embargo, pienso que entre ambos polos, la mayoría de los urbícolas recorre sus zonas intermedias y pasa, en diferente grado, de unas a otras, a veces, quizá más frecuentemente, puede quedarse en esa zona neutra de la indiferencia *simmeliana*.<sup>1</sup> Dentro de este contexto, el parque puede constituirse en uno de los pocos lugares de *urbanización*, relajamiento<sup>2</sup> y placer.

“¿Por qué se acentúa en nuestros días la preocupación por lo que significa vivir en común, y por qué identificamos la ciudad como lugar estratégico donde esta comunidad acontece o está en riesgo? ¿Qué hace que las ciudades, especialmente las megalópolis, sean la sede de los peligros, incluso del pánico?”, se interrogaba —en septiembre de 2001, en el marco del

\* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

<sup>1</sup> Es posible afirmar, más allá de Simmel (2002), que esa indiferencia se convierte en elemento favorable a la corrupción política, para que ésta pueda operar con impunidad y contribuya así a hiperbolizar su poder.

<sup>2</sup> Como una expresión intensa de su carácter, muchos asisten a él como terapia, por prescripción médica.

Simposio Reabrir espacios públicos— Néstor García Canclini. Hoy, este cuestionamiento se vuelve más dramático por el asedio extendido de la sospecha y el recelo; no obstante que el proceso puede revertirse por la participación ciudadana.<sup>3</sup>

La ciudad da placer porque se abre a la diversidad, la novedad y la sorpresa;<sup>4</sup> no obstante, por ello mismo puede causar temor e incertidumbre. Para unos es invitación a realizar sus búsquedas —cognitivas, emotivas, identitarias—, mientras que para otros su dimensión crece incontrolable, uniformemente opresivo y obliga a la rutina y a la reclusión. Esa posibilidad del encuentro y la diversidad requiere de espacios públicos para realizarse. No obstante, en las actuales grandes ciudades dichos espacios son los que más se han deteriorado en términos de uso y mantenimiento, contribuyendo a ello la inseguridad —“real” o “imaginaria”, distinción que aquí no interesa ser discutida—,<sup>5</sup> así como la intensificación y masificación del uso de la televisión, el



Iluminaciones interiores.

<sup>3</sup> Un indicador importante en este sentido lo constituye la multitudinaria manifestación de la sociedad civil contra el secuestro, la inseguridad, la violencia y la injusticia social, realizada el 27 de junio de 2004, en la que los manifestantes expresaron problemas que excedieron a las formuladas por sus convocantes iniciales, enfocándose a problemas estructurales como el de que “mientras haya pobres, no habrá tranquilidad para los ricos”.

<sup>4</sup> Como uno de sus componentes, lo que no niega que el reconocimiento, el encuentro con lo esperado y conocido, con lo que permanece, sea también causal de agrado. Asimismo, la indiferencia que dificulta el compromiso puede convertir la vida pública urbana en espectáculo.

<sup>5</sup> Esta (in)distinción puede expresarse, por ejemplo, en la polémica que desató en el contexto de la marcha indicada, el valor de la información estadística. El gobierno del Distrito Federal acude a ella para informar que han disminuido los delitos —mostrando cifras, cuadros comparativos con años anteriores—, y que el miedo actual es manipulado por los medios de comunicación masiva —que paradójicamente endiosa el *rating*—, algunas organizaciones civiles y muchos intelectuales, dicen que una vida no es un número, que ella “no puede habitar en la estadística” (Monsiváis). Lo complejo del asunto se ve porque ambas posiciones tienen la razón: no se puede planificar sin ver proporciones y tendencias; pero un muerto trae un inmenso dolor que se resiste a esconderse en unos cuadros estadísticos; y menos aún en la complacencia con dichos avances, que aparecen grotescos ante el dolor singularizado.

video, el Internet y las computadoras, privilegiando el urbícola la oferta cultural a domicilio.

Si toda relación social se establece en *cronotopos*,<sup>6</sup> caracterizados por una cultura trabajada en la historia, ahora asistimos a su radical transformación. Un componente fundamental de la reconstrucción del tiempo y del espacio en el mundo actual lo constituye nuestra relación con los medios modernos de comunicación. La separación entre los medios de transporte y los medios de comunicación (Giddens, 1995 [1984]) —que tuvo como una de sus consecuencias que la información “ya no pesará”, como una carta o un documento hecho en papiro o en cerámica— pareciera haber repercutido en lo que Paul Virilio (1997 [1995]) ha denominado “retornar sin partir”, relativizando las distancias, afectando los sentidos de la duración; pero más aún recolocando —y aún destruyendo— las *redes sociales* en presencia, para construir redes virtuales que pueden postergar la interacción cara-a-cara y práctica-

<sup>6</sup> La bella alusión de Simmel a la “cita” como una expresión ejemplar del cronotopo —la cita requiere de un lugar y un tiempo fijos—, puede servir para ir más allá y ejemplificar esta implicación; por ejemplo, en México es posible citarse de varias formas: a hora fija para una reunión considerada importante; de manera más o menos incierta, cuando un grupo de estudiantes dice: “nos vemos en la tarde”, haciendo que el cronotopo crezca, se vuelva elástico; y, en tercer lugar de manera manifiestamente ambigua, sin tener la posibilidad de definir sus límites, cuando dicen: “nos vemos luego”.



mente arrancar al individuo de su entorno comunitario<sup>7</sup> y aun familiar.

En el "mundo de mundos" o la "sociedad-mundo" en que vivimos, la sobre-valoración de los circuitos informáticos pareciera retener el presente en detrimento del futuro —y de la memoria— y de las rutinas en la prioridad de los problemas de las ciencias sociales. Sin embargo, para un sector importante, mayoritario, creo que aún son las trayectorias e itinerarios de los habitantes de la ciudad los que articulan los lugares pertenecientes a diferentes circuitos y campos, siendo esos recorridos los que actualizan una manera de ver, representar, habitar, imaginar y recorrer la ciudad (Vergara, 2003); las biografías de las personas siguen construyéndose entre el trabajo, la casa, las celebraciones familiares, el trámite administrativo en una dependencia gubernamental, la misa dominical o conmemorativa, la asistencia al cine o a los salones de baile, el "vitrineo" en las tiendas o en los grandes centros comerciales, así como en las visitas a las cantinas, cafés, tianguis, en el estar en los parques y plazas, etcétera, prácticas que contribuyen aún a construir o mantener el tejido social, quizá ya laxo, quizá fugaz, pero que son importantes para la conservación de nuestras identidades e identificaciones urbanas, y más aún para elevar la calidad de vida. No obstante, es pertinente también reconocer que un campo de actividades crece en detrimento del otro: quien prefiere el video en casa disminuye su asistencia al cine, y por lo tanto *hace* menos ciudad.

En este sentido, el parque se constituye en un *lugar privilegiado* de *estar* en —y *hacer*— la ciudad, así como se constituye en un *punto de enfoque*<sup>8</sup> de la vida ur-

<sup>7</sup> Lo que no implica que su nueva comunidad, virtual, no amplíe sus horizontes, ni, al contrario, lo lance hacia una infinidad de posibilidades.

<sup>8</sup> Se puede realizar una analogía con Claude Zilberberg cuando cita a Rousseau: "El gusto por la vista del panorama y la lejanía procede de la inclinación que la mayoría de los hombres tienen de complacerse en el sitio en que no se hallan", para luego concluir que "para Rousseau el punto de vista constituye una huida fuera del *templum*" (1999: 179). Diría también, por mi parte, que posicionarse en un punto de enfoque es como poner la ciudad a distancia y detener el tiempo lineal del trabajo, el de la responsabilidad y del proyecto, conjugándolos para debilitarlos en la ensoñación que propicia la atmósfera del parque.

bana: permite reposar de las prisas ciudadanas, mirar el entorno y en nuestro interior, reflexionar acerca de lo posible y de las limitaciones de la experiencia de vivir la ciudad. A este carácter, digamos positivo, de la experiencia conjunta en un lugar público diferente de la calle o la plaza, se le opone la inseguridad que atenta contra su realización como *entidades urbanizantes*, pues el asedio de la violencia delincriminal y la corrupción consecuente generan un clima inapropiado para la construcción de una ciudadanía participativa y reflexiva, al limitar el acceso a los lugares donde se puede estar con los *otros*. No obstante, esta misma carencia puede ser un punto importante de la agenda ciudadana y gubernamental. Por ello, aun con las limitaciones que le impone su entorno, el parque es aún un territorio de urbanidad.

#### El parque

Para abordar el parque como un *lugar*, retomo las características señaladas en otro trabajo, pues considero que el lugar se define por: "un lenguaje peculiar; una ritualización específica; un sistema o red imaginal-conceptual en el que se inserta y de él participa para tener sentido; una jerarquización interna,<sup>9</sup> una demarcación; la afectividad, y, finalmente, condensan una biografía e historia" (Vergara, 2001): es decir son producto de actores que los usan, significan y simbolizan en un despliegue constante de prácticas, de memoria y proyección imaginal. Por lo que se puede decir que la red que transitan sus usuarios inserta física y significativamente al lugar en su dominio, y el itinerario del día se produce por varias "oraciones" o "frases"; y si seguimos con la analogía con la lengua, los sustantivos designan los lugares, los verbos las acciones desplegadas en —y entre— ellos y los artículos y conjunciones las calles que los unen a través del desplazamiento —en cuya duración puede introducir "pies de página", "citas",

<sup>9</sup> Situación que tiene que ver con una especialización del espacio y otorga a los actores las posibilidades y limitaciones de acceso y uso, pues, por ejemplo, el feligrés no puede estar sentado en la silla del confesionario, lo mismo que un invitado reciente —en determinados sectores sociales— no puede pasar a la cocina sin invitación de los dueños de casa.

glosas, por ejemplo cuando mecido por el viaje “visita” con la memoria o la imaginación otros ambientes—<sup>10</sup> del urbícola.

Entonces, en primer término, si bien no lo agota —ni pretende, obviamente—, el parque se asocia a un *lenguaje* y a unas imágenes que lo elaboran: desde su aspecto físico hasta las figuraciones subjetivo-expresivas, el parque produce —y es producido por— e irradia un campo semántico-estético con el que *habla* y es narrado, traduce y sintetiza las contradicciones entre sociedad y naturaleza<sup>11</sup> y las utopías que dicha interrelación produce. En segundo lugar, esas imágenes y ese lenguaje *se realizan* en la atmósfera especial que generan,<sup>12</sup> así como en las sensaciones que des-atan en los parquefilos. De alguna manera, en este sentido, el parque funciona como un espacio *emosignificativo* opuesto a la calle y al espacio público defechos: calle y estrés se oponen a parque y relajación, constituyéndose en un oasis de la megaciudad. Aún las propias irrupciones de la ciudad en el parque, se asumen como argumento de su oposición; así un usuario decía:

Ayer pasó un policía armado... con la metralleta, por ahí atravesó, pero yo me imagino que custodia valores, o no sé, alguna cosa, por hay parecida, y tiene que entrar; pero

<sup>10</sup> Un caso muy expresivo es el que narra Julio Cortázar en su cuento *El perseguidor*, donde el protagonista, en el transcurso del viaje de una estación a otra en el metro —en menos de un minuto y medio— imagina lo que narrado puede ocupar fácilmente más de una hora y media.

<sup>11</sup> El poeta peruano José Santos Chocano expresaba bellamente la relación entre la alameda y el río Rímac: “Tu Alameda —anacrónica y solemne alameda— / que luce su follaje de encarrujada seda / como una dama antigua su acuchillado traje / a lo largo del río con su espuma de encaje” (en Porras, 1987: 82).

<sup>12</sup> Aquí podemos establecer una analogía entre la propuesta de Edmund Leach sobre el funcionamiento simbólico o el que propone Jean Baudrillard para el “sistema de los objetos”: en el parque nada habla por sí solo: el canto de la aves y el murmullo de las hojas dialoga sordamente con el jaeo de quienes corren; así como habla, en los viajes interiores, autorreflexivos —o como una deambulacion interior, perdidos sin meta— de quienes caminan sin poder correr, o se sientan a contemplar. El piso humedecido por la lluvia se empaña más si en el cielo asoman nubarrones o, por el contrario, brillan alegres cuando el Sol sonríe con él y con las hierbas y flores que se muestran radiantes a quienes los ven.



Naturaleza, reposo.

a veces es necesario porque, si en otros lados hay atracos y todo eso, al menos aquí hay más seguridad, tranquilidad. Las señoras vienen a practicar su ejercicio, imagínese que se espongan, si luego cuando uno sale en la madrugada, las señoras las asaltan ahí cerca de la lechería. Yo vivo a dos tres edificios de la lechería, y nos han platicado las señoras, ¿no?

Asimismo, el parque es opuesto al centro comercial, al museo, a la iglesia, al metro, porque permite usar el espacio, leerlo, por cualquier vía, en cualquier dirección. No hay un libreto que oriente ni los desplazamientos ni el estar, no existe una secuencia obligatoria que ordene el tiempo, el ritmo o la extensión a usar: cada quien puede llegar y quedarse quieto, contemplando y salir cuando se aburra;<sup>13</sup> no obstante, algunos se imponen metas —tres vueltas al perímetro, corriendo o caminando o intercalando velocidades que leen las energías y los años, las urgencias, el esfuerzo o el placer—, pero siempre a voluntad; alguien se detiene no en lo que ofrece el parque institucional, sino en la ocurrencia de un niño, en la presencia de alguna avecilla o el rocío en los pequeños pinos o mirando la “actuación” de un grupo que irrumpe inesperado, precisa-

<sup>13</sup> El aburrimiento extiende el tiempo, así como “pasarla bien” lo contrae, pues la vivencia del tiempo tiene que ver mucho con la afectividad.



Cuerpo y mirada.

mente por aquello que posibilita el parque por ser tal; aunque, en los senderos casi todos se desplazan, unos caminan, otros corren, tomando la dirección izquierda de las entradas, de modo que son muy pocos que van a “contra corriente” —corriente que hicieron, espontáneamente, como masa que se desplaza—; lo que, a su vez, permite que los rostros casi no se miren, que los individuos o grupos, al marchar en la misma dirección, muestren la espalda, y así puedan ser mirados sin que nadie se percate —aunque todos saben que son mirados—, así tampoco los ojos pueden “encontrarse”. Las secciones del *parque* esperan, quienes asisten llegan, las usan o las ignoran, por ahora, pues mañana puede ser otra la historia, o puede ser la misma, quizá.

Defino al *parque* como un espacio urbano amplio —como la plaza—, usado en un tiempo que interrumpe las actividades ciudadinas ordinarias —del desplazamiento instrumental—, con una delimitación espacial interna distinguible que especializa las áreas —aunque en su conjunto realiza el ideal de proximidad con la naturaleza—; está dentro de la ciudad, pero quiere ser *otro*,<sup>14</sup> enfatiza la convivencia, los valores de acceso igualitario y la expresividad estética —redundo para

<sup>14</sup> Quizá sea el tiempo el que puede ejemplificar mejor esta disposición: en el parque, el tiempo se detiene, se despoja de sus pre-

subrayar—, de actividad cultural intensa centrada en el cuerpo y la *sociabilidad*: incide decisivamente en la calidad de las interacciones que mutuamente se posibilitan los urbícolas que convoca. Su condición abierta y extensa<sup>15</sup> lo opone físicamente a la calle, y por extensión su ritmo, su velocidad o quietud, su falta de imperativos físicos signan su especificidad. Cabe agregar que, para enfatizar su especificidad y autonomía, Emilio García Montiel (1998: 95) lo señala como “un espacio en una zona urbanizada y no un coto alrededor de los templos o santuarios”.

Por otro lado, y de manera paradójica, en el parque ocurre una interesante trasmutación de la relación público-privado. En este sentido, si consideramos que la imaginación de la ciudad tiene como un ordenador importante dicha

división,<sup>16</sup> veremos que el parque posibilita que el cuerpo expuesto en público sea más parecido al del ámbito privado: se le descuida un poco en su presentación, se le expone en sus malestares o alegrías, se camina con dificultad sin mayor vergüenza, se reza, se come, se cumplen años y conmemora, se enamora y acaricia, etcétera. En esa dirección, la funcionalidad del tiempo del desplazamiento al trabajo se opone al descanso dominical, así como al *dejarse estar* en un parque o en una caminata sin rumbo, porque en estas prácticas gratuitas y “sin sentido”, los límites —del tiempo y del espacio— requieren menor definición, como tiempo a invertir y como ruta a recorrer. Así, las actividades definidas por la política o la economía, como actividades

siones de la coordinación y la sincronía funcional del trabajo o el estudio; asimismo, permite también considerarse a uno mismo quizá sin una suma utilitaria, y se abre a placeres cotidianos potenciados por su atmósfera: como un brinco junto al hijo que ríe o la mirada perdida que la ensoñación propicia.

<sup>15</sup> Giannini (1999: 63) señala también esta característica para las plazas —de armas o zócalo— de manera muy expresiva: “En otras palabras: significa ‘hacer espacio’ a una presencia. Lo que sólo puede ocurrir en lo abierto: en la apertura física de un espacio y en la apertura espiritual de cierta disponibilidad para lo Otro (no estar ocupado)”.

<sup>16</sup> En cuya ocupación y tránsito el cuerpo se pone en escena y cuestión, expresándose en tranquilidad, seguridad, bienestar o miedo, inseguridad, prisa y ansiedad.

encaminadas a un objetivo específico y controlado por una cronometración que permite la coordinación, también se oponen a un *estar* en el parque —que asemeja más al ámbito doméstico—, aunque posiblemente —de manera “invisible”, internamente imperativa— esas presiones actúen más de lo que los cuerpos muestren; y allí también está esa cualidad positiva del parque.

Una hipótesis de la que partimos es que el parque se constituye en un lugar desde el cual *se piensa a la ciudad de otra manera*, porque pone en suspenso a la ciudad cotidiana: es un mirador desde donde podemos evaluar la calidad de la vida urbana y pensar en el ejercicio de una ciudadanía menos aprensiva; entre otras causas porque la vegetación y la naturaleza refuerzan nuestra (des)atención espontánea, posibilitan que nuestro sistema sensorial se relaje y nos infunda nuevas energías, nos permita mirar la contaminación, la inseguridad, las presiones, el estrés y “nuestras responsabilidades”, desde otra perspectiva y otra temporalidad. No obstante, el parque también es un lugar donde solamente se está, y puede ser depositario de soledades, o del fortalecimiento de relaciones ya adquiridas, sin mostrarse abierto a la novedad ni a la otredad: la mayoría de los entrevistados me comentaron no haber hecho amigos en el parque, mientras que algunos sí; a “punta de verse frecuentemente” pueden “saludarse, y no más”. No obstante, en términos “objetivos” esa potencialidad del parque no se traduce en la ampliación de las redes personales o familiares, pues la mayoría manifiesta que le gusta *mirar* a la gente, observar cómo “inclusive los que están malitos se alegran”, como otros “festejan juntos”, o como cada quien —individualmente o en grupo— puede estar sin ser molestado, situaciones fundamentales de la convivencia urbana, extrañados en la ciudad.

Así, el parque es uno de los pocos lugares donde la alteridad puede ser observada con mayor detención: al estar en disposición de sus tiempos, los sujetos permanecen expuestos más tiempo y con menor resguardo de sus *fachadas personales* (Goffman, 1989 [1959]); por lo tanto, el parque se constituye en el espacio de



Palapas, de espaldas al parque.

construcción de la convivencia, donde se entiende al cuerpo que sufre y va a curarse, como también al cuerpo que va a perfeccionarse, lo que se traduce en la *coexistencia* o *copresencia* de las diferentes velocidades y ritmos con que ellos circulan, están, miran e incluso ignoran. Desde esta perspectiva, es un espacio de educación ciudadana y uno de los pocos en los que se hace ciudad —aunque quizá, paradójicamente, negándola—.<sup>17</sup> Asimismo, el parque posibilita el aprendizaje a través de la experiencia directa —el cuerpo como dispositivo cognitivo (Kauffman, 1995)— y no sólo a partir de lo que hacen los medios o la abstracción.

Esa posibilidad de obnubilar las fronteras de lo público y lo privado, de poner a la ciudad a distancia para ser mirada —que no necesariamente deviene en opinión—, así como esa facultad para hacer del cuerpo un instrumento de cognición especial, hacen que el

<sup>17</sup> Como dice un usuario que viene por prescripción médica: “Más que nada la tranquilidad, la alegría con que se viene a practicar algún deporte, en ocasiones hay música, no hay obstáculos como bicicletas, aunque en ocasiones hay mucho chamaco... Los sábados y domingos es más pesado... están las versiones de las bicicletas múltiples, ya son por familia y se llena más, o sea no se puede practicar tanto el ejercicio. De lunes a viernes está bien, está tranquilo, la gente se concreta a lo que es del ejercicio...”

parque desarrolle un cierto sentimiento de territorio, es decir de identidad. Es posible pensar, que por lo menos entre los usuarios frecuentes, se construyan lazos de identidad hacia este espacio que va siendo su *lugar*, casi como en el sentido que Vicente Guzmán (2001) descubre para las calles y plazas tlacotalpeñas, donde *mi calle* y *mi plaza* son formulaciones identitarias.

**El entorno: las redes del lugar**

**P**ara entender el lugar, en primer término, hay que emplazarlo en el espacio físico social en el que se encuentra ubicado y, al mismo tiempo, en la red conceptual e imaginario en el que se inserta, y que no necesariamente tiene que ver sólo con proximidades físicas. A este nivel, el parque se ubica en el *dominio* de los espacios del tiempo libre y del entretenimiento, es decir, opuesto a las actividades y movimientos instrumentales.<sup>18</sup>

El parque-zoológico Los Coyotes se encuentra en la Delegación Coyoacán, en la zona de Los Culhuacanes, entre las calles: calzada de la Virgen, Escuela Naval, el Eje 3 y Tepetlapa. Frente al parque está la Secretaría de Marina y a un costado (hacia el Eje 3) la Escuela Superior de Estudios Marítimos. Cada mañana, a las seis, se escucha la diana y los gritos de los marinos y de vez en cuando el ruido de disparos.<sup>19</sup> Al frente también está una tienda Wal-Mart, que viene “secando” a la tienda del ISSSTE, ubicada a un costado del parque. A dos cuerdas del parque está el plantel 4 del Colegio Bachilleres, a donde asisten mayoritariamente jóvenes de sectores populares. Frente a la segunda puerta del parque está la dirección zonal Los Culhuacanes.

La población que habita en la zona es diversa, pero puede ser caracterizada entre popular y media baja, diferenciándose levemente de los que viven en casitas y

<sup>18</sup> Es posible matizar esta afirmación: quien va bajo la recomendación del especialista a recuperar su salud o quien va a hacer ejercicio para perfeccionar o trabajar su “físico”, son propósitos distintos de quienes van a ensoñarse o “pasar el rato”.

<sup>19</sup> Una mañana, a eso de las 10:00 horas., cuando entrevistaba a una señora, se escucharon fuertes detonaciones del lado de la Secretaría de la Marina; la niña que estaba con ella preguntó con fingida angustia a su madre: “¿comenzó la guerra?”.



Lo sagrado.

en edificios de cinco y hasta más de diez pisos. Destacan las colonias CTM Culhuacán y de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, más conocida como Fovissste. Cerca también están las colonias Avante, Presidentes ejidales y Carmen Serdán, esta última muy conocida como zona residencial de delinquentes, quienes —a decir de los vecinos— incursionan en las colonias antes señaladas; de hecho algunas tiendas han cerrado bajo su presión (y la de Wal-Mart).

Por otro lado, Los Coyotes es uno de los tres zoológicos que hay en la Ciudad de México,<sup>20</sup> por lo que su condición de parque tiene una singularidad que la distingue de los Viveros o la Alameda del Sur, para señalar los otros dos que también convocan gente que va a entretenerse, estar juntos y/o hacer deporte: por ser un zoológico está cercado y se accede a él por dos puertas vigiladas, también por ello se prohíbe el acceso con

<sup>20</sup> Los otros dos son Chapultepec y Aragón.





perros.<sup>21</sup> Su administración y cuidado dependen de la Delegación de Coyoacán, lo cual lo inserta en una red administrativa y burocrática.

### Espacios y conexiones interiores

Quizá sea el parque uno de los lugares en los que la jerarquización interna propuesta por la planificación no se realice completamente, pues cada usuario o grupos de usuarios traza sus propios itinerarios y sus estancias, incluso en determinadas horas, fundamentalmente en los momentos de mayor afluencia; cada sección del parque funciona más de acuerdo a la planificación: palapas festivas, gimnasios deportivos y senderos.

El territorio del parque Los Coyotes se puede dividir en *estancias* y *conexiones*; unos permiten mayores intercambios, mientras los otros posibilitan ensimismarse y reafirmar, más que explorar. Podemos encontrar una clara diferencia entre las “palapas” y los senderos: aquellas promueven la sociabilidad y el afecto entre la microcomunidad convocada por algún festejo, reafirmando o actualizando sus lazos, mientras que los senderos permiten mirar y acompañar a los otros en su desplazamiento, aunque no se platicuen entre sí, prestando cierta *atención reservada* y prudentemente disimulada<sup>22</sup> a quienes son compañeros efímeros de ruta.<sup>23</sup> El campamento que convoca fundamentalmente a escolares puede desplegar características semejantes a ambos: es una comunidad que comparte, pero sus miembros se exponen más íntimamente que de costumbre —en la escuela los niños pueden resguardar mejor algunos aspectos de su personalidad—, pues al descansar, dormir o compartir los alimentos, relajan algunos de sus controles y su presentación ante los otros

<sup>21</sup> Siendo esta característica destacada por los usuarios, quienes la comparan con las pequeñas plazas que tienen cerca de sus casas, en las que los perros pasean, dejan sus excrementos y allí mismo juegan niños, junto a hermanos y madres, que parecen haberse insensibilizado al olor y sus riesgos.

<sup>22</sup> Aunque algunos, muy pocos usuarios, saludan con mucha expresividad a gentes que no conocen, y continúan su carrera, al parecer más satisfechos luego del saludo.

<sup>23</sup> Inclusive la velocidad de unos frente a la lentitud de otros oficia como un mecanismo que incrementa las posibilidades de mayor exposición frente a los otros.

los des-cubre más. Los espacios de la cafetería y el puesto de venta de jugos y frutas —el primero más formal, concesionado, el segundo ubicado cerca de la puerta principal, bajo un techo de lona desmontable— son también lugares donde la gente intenta una comunicación más detenida, aunque prudentemente controlada. No obstante, el sudor, la agitación y el vestuario posibilitan una comunicación y exposición mutua diferente.

En el siguiente cuadro se sintetiza el uso de los diferentes espacios y sus valores en cuanto a la convivencia y significación social:

Secciones	Sentido de uso
Campamento	Educativo, social
Palapas	Social, familiar
Bosquecillos. Áreas verdes	La soledad, el silencio, la intimidad
Gimnasios	Donde el cuerpo y <i>el yo</i> se trabajan
Zoológico	De conservación. Familiar. Educativo
Senderos	Soledad, acompañamiento
Dirección	Administración
Tienda-Café. Puestos de jugos y otras ventas	Comercial. Convivio
Jardines temáticos	De conservación. Educativo
Sendas para trotar y la bicicleta	Masivo, el <i>otro</i> cercano
Árbol de Jesucristo y Gruta de la Virgen	Íntimo, sagrado

Remarco que los usos de los espacios no son únicos y tampoco se agotan en los que se planificaron; es posible distinguir la distribución de los espacios oficiales de los usos informales, innovadores o disidentes incorporados por los usuarios, los que no sólo se realizan por la intención por infringir, sino por la *disposición del espacio* a ser ocupado indistintamente, de la falta de rigidez en sus estructuras y fronteras, y están condicionados por los horarios de uso, la presencia/ausencia de los otros, los acompañamientos propios, etcétera. Por ejemplo hay





Semejantes, pero diversos.

parejas en las palapas entre semana, personas que juegan fútbol o practican la bicicleta en el “lago seco”; el bosque se convierte en sendero para algunos, y un sendero se transforma en gimnasio para otros.

Las secciones y usos específicos del parque son: el zoológico —donde frecuentemente se ven niños con sus padres, parejas de jóvenes, personas solas—, dividido en varios ambientes de diferente dimensión y población: el aviario, las dos zonas de los venados, la zona de los coyotes, la de los teporinos; las palapas, estructura circular, techada, con una diámetro de aproximadamente seis metros, que se adorna con globos inflados de colores llamativos y piñatas, donde se festejan cumpleaños principalmente de niños,<sup>24</sup> a los que concurren entre 20 y 60 personas;<sup>25</sup> los cuatro gimnasios —uno

<sup>24</sup> Se solicita este espacio con una anticipación de dos meses en promedio, previo a un pago de 208 pesos. El arreglo se realiza desde muy temprano. Es usual ver al papá y algún hijo y/o hija que lo acompañan. Si no han podido lograr el acceso a las palapas, algunas familias cercan un espacio con una delgada sogá que atan entre los árboles y arbustos, y amarran globos para dar visibilidad y prestancia a dicho cerco y allí festejan. Demarcan así un espacio propio para el día.

<sup>25</sup> Quisiera destacar lo siguiente: las reuniones que convocan las palapas, decía, son confirmatorias, refuerzan lazos microcomunitarios y familiares. Esto puede verse también en la forma física de la palapa y la disposición que asumen los cuerpos: por la ubicación circular de su delimitación, a través de un muro bajo —esta frontera se logra también por la proyección de éste con el techo, am-

de ellos techado, al que se accede previo pago, mientras que los otros son abiertos y de entrada libre—, los dos espacios de juegos infantiles, las áreas de bosque y jardines temáticos;<sup>26</sup> las de los viveros y dos espacios sagrados: una gruta pequeña, ubicada al extremo que da hacia la calzada de la Virgen, alejada del sendero por donde la gente corre, trota o camina, atravesada por un aviso que prohíbe la entrada a los visitantes<sup>27</sup> y otro, ubicado junto a un espacio de juegos infantiles, visible desde el sendero, situado en un árbol que tiene dos troncos ligeramente separados, lo que permite sostener —en esa su abertura— una especie de altar donde la figura predominante es un Cristo crucificado. Éste tiene a su lado pequeñas es-

culturas de santos y vírgenes, como la Virgen de Guadalupe, San Judas Tadeo, estampas grandes o cuadros de la Última cena, Saint Chabrel, además de numerosas estampitas. Por la parte de atrás están colgados cuatro o cinco envases grandes de refrescos con agua cristalina. Dos ramos de flores artificiales penden del árbol y al pie crecen flores y hierba.

Podemos también, entonces, ubicar dos lugares que se contraponen y complementan: el *lugar sagrado* y el *gimnasio*. En ambos se trabajan diferentes sectores del yo; no obstante esta distinción, no siempre aflora a la conciencia: para unos constituyen dos ámbitos completamente separados, mientras para otros son uno mismo o complementarios: quien va a rezar ante las figuras de Cristo y otras sagradas —localizadas en el árbol y depositadas por las mismas personas, que hacen más singular su vinculación con el ritual—, encomienda su salud a ese ser sagrado, mientras que los usuarios regulares del gimnasio trabajan su cuerpo no para buscar salud, sino belleza. Hay quienes hacen las dos cosas, mientras muchos ignoran ambos espacios.

bos producen la sensación de un afuera y un adentro— que se hizo también para servir de asiento a los asistentes, la gente da la espalda al parque: se miran entre ellos, pueden olvidar el entorno.

<sup>26</sup> Destacan las dos áreas destinadas a las hierbas silvestres del valle y la de las hierbas utilizadas para hacer el té cotidiano.

<sup>27</sup> Aviso justificado por la presencia, en la ruta, de un vivero y un pequeño espacio donde cultivan maíz.



### Sujetos, prácticas y relaciones sociales: el lenguaje y el ritual

La variedad de personas que acuden al parque es grande, aunque puede clasificarse entre “sector popular” y clase media, ambos, por cierto, muy diversos. La clase media se distingue por no estar donde hay demasiada aglomeración, se emplaza en zonas de poco tránsito humano —como en recodos—, conforma grupos pequeños, constituidos por la pareja y uno o dos hijos, no más. Los de sectores populares son —casi siempre, los fines de semana— numerosos y bulliciosos, llevan mucha comida y parece que se abstraen del lugar para convivir entre ellos; a los de clase media los he visto callados más tiempo. Sin embargo, en algunos espacios —principalmente en los senderos— se mezclan.

No obstante la afluencia, ya no es el rito de “dejarse encontrar”<sup>28</sup> en la plaza del pueblo o de la pequeña ciudad, sino más bien un proceso de tipo exploratorio, distinto al de confirmación, de quien asiste a dichos ritos: aquí el otro es más indiferente, aunque físicamente se asome muy cerca de nosotros.

Me encuentro sentado entre tres familias —separado de cada una como un metro y medio de distancia—, cuando sorpresivamente se aparece un niño a punto de caer al “barranco” —de un metro, cuyo riesgo no viene de su altura sino del fondo de cemento de una lagunilla seca— y un padre clasemediero lo atrapa al filo; más antes este mismo padre había auxiliado a su otro hijo quien cayó de su bicicleta en un pequeño charco de la misma lagunilla —no hubo regaño ni comentario con la esposa que luego apareció para ayudarlo—. Delante, una docena de adolescentes disputan arduamente una partida de fútbol; una porra de siete chicas —sentada en una banca que da precisamente hacia la improvisada cancha— grita y grita para apoyar a los suyos, pero el héroe de la tarde es el “¡portero!, ¡portero!”. Al

<sup>28</sup> Humberto Giannini (1985: 64) dice al respecto: “En otros tiempos, este espacio festivo, gratuito, al que las cosas vienen a mostrarse, en los días de fiesta empezaba a animarse lentamente de movimiento humano: de vidas que se daban cita para redescubrir el goce de entrar, también ellas, en este espectáculo circular: de mostrarse en las miradas, en el saludo, en las palabras. El goce de dejarse encontrar”.

lado de las jovencitas, un padre juguetea y persigue a un bebé de unos dos años, mientras la madre sigue la escena, dando despreocupadamente la espalda a los futbolistas. A nuestro lado, una pareja espera a otra, sin perder detalle de cada una de las escenas; al parecer comentan a sus amigos recién llegados sobre el niño que ahora se ha mojado. Del lado derecho de donde estamos sentados, unas ocho mujeres, tres niños y un varón adulto descansan tranquilamente, echados, luego de haber terminado con abundante comida, delatada por los restos ahí expuestos; los que descansan, miran unos al suelo y otros al cielo, sosteniendo cabezas en barrigas o espaldas, compenetrados los cuerpos. Conversan y ríen a carcajadas, mientras un niño de aproximadamente cuatro años cabalga en las espaldas de tres señoras que se distinguen por su sobrepeso; la primera de ellas se luce separando alternativamente su abdomen unos diez centímetros del suelo, para simular el “¡putukum, putukum!” de los caballos, mientras las otras dos intentan imitarla sin poder lograrlo; las tres son festejadas. Todos miramos a todos: los cuerpos parecen dispuestos, y se exhiben de manera despreocupada, aunque en círculos pequeños: en nuestro caso de tres grupos cercanos y uno que otro que se asoma por alguna circunstancia y se va. No obstante, este llegar e irse es también una forma de hacer ciudad.

Por otro lado, en el parque habría que explorar más el papel de los niños: para muchos posibilita “regresar” a esa etapa, regresar a la —hoy coactada— espontaneidad, cambio permitido sin mayor censura que una prudente discrecionalidad que se olvida muy pronto, por lo que, por ejemplo, es posible invadir con la mirada el territorio del otro, sin mayor riesgo. Aquí es fundamental el papel de los niños, ellos invaden a los otros con mayor facilidad —la torpeza en el desplazamiento de los más pequeños, que caen literalmente en el terreno de los otros, es un recurso social que hace que los adultos se hablen—, son propiciatorios de *ligeros toques comunicativos* entre extraños de una macrourbe, promueven sonrisas que iluminan el entorno, y el extraño se proyecta hacia el otro y esa iluminación se traduce en —cierta, aunque limitada— confianza. La comunicación fácil entre los pequeños también conjunta a los mayores: por ejemplo la pequeña hija de Claudia, una



joven señora, dice contenta que allí conoció a Lalo, un niño que ahora es su amigo y de quien habla con entusiasmo afecto. Pero la función de los niños no queda allí: ellos transforman también, aunque sea momentáneamente, a los mayores: “Una vez vine con una hermana, y nos pusimos a jugar como niñas, en uno de los juegos que dan vueltas... y a mí me causó gracia, porque pues, ¡oye, ya, parecemos niñas!”.

La socialidad, en el sentido presentista simmeliano, es aquella relación que no quiere la duración ni el lazo, al minar lo comunitario. No obstante promueve lo urbano, al ser un recurso para vivir la multiculturalidad creciente de nuestras urbes. En los parques se redefine asimismo la relación público-privado, al mostrar espacios del ser que esas fronteras obligaban a controlar mediante el acceso de los otros, lo que genera la posibilidad de verse en el otro y establecer una relación distinta entre ciudadanía y cultura. Ello involucra también las relaciones de género, al redefinir los imaginarios expresados en símbolos y estéticas urbanas que peculiarizan la relación global-local y, por ende, del cuerpo y la identidad. Este trabajo quiso mostrar, a través del uso del tiempo libre en un espacio público, la construcción de la urbanidad y las funciones de la imaginación en la ampliación de la vida, lo que permite reconocer los diferentes espesores, densidades y estratos de lo real y la relación con la otredad. Quiere también mostrar que la antropología puede servir para hacer mejor y más bella la convivencia ciudadina.

En este sentido, si consideramos que la voluntad de percibir puede *deformar* aquello que percibimos, en el parque encontramos el espacio como para que dicha voluntad se relaje y predomine la percepción más inocente. De esta manera, aquello que percibimos adquiere las formas que la atmósfera relajada del parque posibilita: es este un momento y una situación fundamentales para trabajar la empatía, puesto que las “categorías invasoras” (Giannini, 1999) que construyen las demarcaciones también se debilitan, aunque sea momentáneamente.

Es también importante señalar que se va al parque con expectativas diversas. Ésta es una característica que lo diferencia de otros espacios públicos como las plazas o los museos, o hasta el centro comercial. Al parque se

llega con disposiciones más que con finalidades; se llega un poco como buscando algo, paradójicamente conocido, más que tratando de encontrar lo sorprendente. Esta disposición es también un recurso social que se orienta hacia la interlocución. En el parque, aún en la quietud, todo transcurre, más que ocurre.

#### BIBLIOGRAFÍA

- García Montiel, Emilio, *Muerte y resurrección de Tokio. Arquitectura y urbanismo, 1868-1930*, México, El Colegio de México, 1998.
- Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1999.
- Giddens, Anthony, *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrotu, 1995 [1984].
- Goffman, Erving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrotu, 1959.
- Guzmán Ríos, Vicente, *Perímetros del encuentro. Plazas y calles tlacotalpeñas*, México, UAM, 2001.
- Kauffman, Jean-Claude, *Corps de femmes, regards d'hommes. Sociologie des seins nus*, París, Nathan, 1995.
- Lynch, Kevin, *La imagen de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili, 1998.
- Porrás Barrenechea, Raúl, *El río, el puente y la alameda*, Lima, Municipalidad de Lima, 1987.
- Rabotnikof, Nora, “Público-privado”, en *Debate Feminista*, año 9, vol. 18, México, 1998.
- Sidorova, Ksenia, “El parque de Santiago: usos y significados de un espacio público en el centro histórico de Mérida, Yucatán”, en Fernández y Fuentes (nombre del autor y título?), 2003, pp. 117-133.
- Signorelli, Amalia, “Redefinir lo público desde la ciudad”, ponencia presentada en el Simposio Internacional “Reabrir espacios públicos”, México, UAM-I, 2001.
- Simmel, Georg, “La socialidad”, en *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona, Gedisa, 2002 [1917], pp. 77-101.
- Vázquez, Carlos, “Chapultepec: paseos y recreación, entre la historia y el mito”, en Miguel Ángel Aguilar, Amparo Sevilla y Abilio Vergara (coords.), *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una ciudad*, México, UAM-I / Porrúa / Culturas Populares, 2001, pp. 385-422.
- Vergara E., César Abilio, “Chava Flores y Goffman. Dramatizaciones y etnografías”, en *Diverciudades*, Puebla, Centro de Estudios de la ciudad, BUAP, 2000.
- , “El lugar antropológico. Una introducción”, en Miguel Ángel Aguilar, Amparo Sevilla, Abilio Vergara, (coords.), *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una ciudad*, México, UAM-I / Porrúa / Culturas Populares, 2001, pp. 5-33.
- , *Identidades, imaginarios y símbolos del espacio urbano: Québec La Capitale*, Québec, Institut international d'études Québécoises, Comisión de la Capitale Nationale de Québec, ENAH, UNSCH, 2003.
- Virilio, Paul, *La velocidad de liberación*, Buenos Aires, Manantial, 1997 [1995].
- Zilberberg, Claude, *Semiótica tensiva y formas de vida*, Puebla, BUAP, 1999, p. 179.